

REVISTA CHILE DE  
HISTORIA Y GEOGRAFÍA

**“Borrador de un manifiesto de don  
José Miguel Carrera”**

**“Uso exclusivo Vitanet,  
Biblioteca Virtual Año 2004”**

## **Borrador de un manifiesto de don José Miguel Carrera**

1.—Rebatir una calumnia siempre es empeño más difícil que el del calumniador. No sabemos por qué fatalidad es más conforme a la naturaleza del hombre escuchar con placer la imputación y la injuria y soportar con trabajo la apología y el elogio. Mi situación es bien difícil. Si por una parte yo no me atreviese a entretener al público con la relación de mis acciones, daría a sospechar que no he podido destruir los cargos de mis contrarios ni establecer mis derechos a la recompensa de la Patria. De la otra, si yo entro en el detalle de mi vida pública, me veré obligado a caer en el extremo odioso de hablar de mí mismo. Lo haré a lo menos con la mayor moderación, y lo que me obligase a decir la naturaleza de mi causa, será justo imputarlo a los mismos que han hecho necesaria mi defensa.

2.—La pérdida de Chile acaecida en..... (en blanco en el original) de 1815, es el cargo capital sobre el que mis rivales me forman el proceso. Si ellos se hubiesen encerrado en este solo punto, yo daría principio

a mi defensa rebatiendo esta atroz calumnia; pero, pues que ellos se han extendido en declamaciones las más odiosas, pintándome como un monstruo insubordinado a toda autoridad, inquieto, revolucionario y que pretendía convertir al Estado Chileno en una mazmorra de esclavos, yo creo deberme detener un poco en este artículo, temiendo no haya algunos que prevenidos contra mi, me sean poco favorables en el fondo mismo de la causa.

3.-¿ Cual era el estado de Chile, mi patria, cuando después de una larga ausencia volví a verla? Nada, otra-cosa que un caos horrible, donde unidas las formas republicanas al poder absoluto, se dejaron sentir en la República todos sus vicios sin ninguna de sus ventajas. Aun no bien regeneradas las ideas ni destruidos los antiguos usos, se quisieron romper subitáneamente las envejecidas relaciones y no se hizo más que entregarla a las vibraciones rápidas de un pueblo agitado por las pasiones que engendró un estado nuevo. Apenas establecida la primera Junta contra las miras opresoras de la Audiencia cuando ésta levantaba en secreto sus planes homicidas a fin de destruirla, y creyendo realizarlos en ocasión que reunido el pueblo debía proceder a la elección de Diputados para un Congreso, se entregó ciegamente a sus designios. La sangre del caudillo Figueroa, con la de algunos de su tropa que se batió en la plaza pública contra el batallón de Granaderos, expió este atrevimiento y se instaló el Cuerpo Nacional, tan nulo en sus principios como inútil en sus progresos. Ciertamente es que nada pareció más conveniente que esta sabia medida. La pluralidad de sufragio en la investigación de la verdad y en la seguridad del acierto, es una necesidad a que la naturaleza nos sujeta, pues que ella nos ha dado conocimientos limitados. Nuestra de-

bilidad y nuestros errores nos advierten que somos iguales y sirven para apretar los nudos sociales, haciéndonos necesarios los unos a los otros. Pero, por desgracia, reinaba ya el espíritu de partido, y hubiera sido un prodigio que a su lado obrase en estas elecciones la imparcialidad. En efecto, la ambición y la intriga de los facciosos de la capital hicieron valer a su placer los derechos funestos de las pasiones, y consiguieron por medio del fraude y violencia llenar este Congreso de hombres ineptos, cuya estupidez, sólo igualara a su infeliz educación.

4.—Una situación tan triste, en que, por decirlo así, se vela la antecámara introducida en el salón, y en que los más de estos asociados eran unos instrumentos pasivos entre las manos de dos o tres, todo amenazaba al Estado su próxima destrucción. Cuando se trata de tan grandes intereses paliar el mal es flojedad, excusaría es un crimen, Apoyada la capital de Santiago sobre esta máxima, se resolvió a reformar los abusos, preservar al Estado de los peligros y asegurar la felicidad de las generaciones futuras.

5.—Este era el estado de las cosas cuando el 26 de Julio de 1811 arribé a la capital. A presencia de estos hechos, que son de una verdad incontestable, no serán tan indiscretos mis contrarios que lleven su imprudencia hasta el extremo de imputarme los desórdenes, las disenciones y turbulencias que affligían a la Patria. No, sin duda, antes bien será de su principal interés confesar que en situación tan crítica se me miró como uno de los mejores resortes para sacar a su Patria de la degradación social y restituir a los ciudadanos esa virtud creatriz de nuestra libertad que los había inflamado. Lo cierto es que, echado el pueblo a mis brazos y a los de mis dos hermanos, don Juan José Carrera,

sargento mayor del batallón de Granaderos, y don Luis, capitán del mismo cuerpo, se nos conjuró por todo lo que la Patria tiene de más encarecido, viniésemos en su auxilio contra un gobierno que había perdido de vista el objeto de su destino. Con un aliento sublime, el 4 de Septiembre de 1811, a las 12 del día, y a la frente de sólo 60 granaderos tomamos el cuartel de artillería y dejamos al pueblo en plena posesión de sus derechos. Véase aquí, dirán mis contrarios, un servicio bien señalado; y en efecto lo fué, si se mide por la pureza de mis intenciones y por el bien de que la Patria pudo disfrutar. Pero, ¿cuál es la medida más saludable que no infecciona el espíritu corrosivo de la ambición y el interés? Cuando creí con todo el pueblo que por este paso había allanado el intervalo de la opresión a la libertad, me enseñó después la experiencia que nada otra cosa conseguimos sino el triste consuelo de mudar de tiranos.

6.—En uso, la capital, de sus derechos, se juntó a deliberar sobre los medios de corregir los abusos. Este era el lance en que una familia muy dilatada, poderosa y llena de relaciones en el pueblo, lo acechaba para fascinar sus intenciones y, a sombra del bien público, sacar partido de los mismos desórdenes. Visto - es que hablo de la familia otomana de los Larraínes.

¡Cuán cierto es que la ambición toma siempre su colorido de los motivos más respetables y hace que sea un pueblo incauto el instrumento de la audacia y la tiranía! Por influjo, pues, de esta familia dirigió el de Santiago sus peticiones al Congreso y por ellas logró su engrandecimiento. Reducido en mucho número este cuerpo y quitados los que componían el Poder Ejecutivo, fueron introducidos en aquél el P. Fray Joaquín Larraín con algunos de sus parciales, y colocados en

éste Mackenna, sobrino de Larraín. y Rosales, cuñado del mismo.

El desprendimiento con que miré mi acomodo y el de mi familia, es un testimonio irrefragable de que, por mi parte, había obrado con todo el desinterés de la virtud. Aunque casi huésped en mi propia Patria, no dejé de presentir, que este entronizamiento de los Larraínes costaría al estado nuevos sustos 31 nuevas convulsiones. No paró en esto: sus deseos eran más ilimitados que su poder. El mismo Mackenna fué en ese mismo día ascendido a coronel y dado a conocer por comandante general de artillería- e ingenieros.

7.—No hay veneno más activo que la prosperidad para las almas débiles, esto hizo decir al fraile apóstata Larraín en la embriaguez de su fortuna: <Yo, Presidente del Congreso; mi cuñado, del Ejecutivo; mi sobrino, vocal del mismo, comandante general de artillería; dos más Vicuña, y Mascayanes, diputado al Congreso; en fin Pérez, el último Presidente de la Audiencia ¿qué más podemos apetecer? Apenas se vió esta familia revestida de la autoridad, cuando no pensó en otra cosa que en asegurarse y en aplicar a su beneficio el celo que debía tener por el beneficio común. Separarme a mí de Chile y quitar a mis hermanos todo influjo, era el salario con que pretendían compensar nuestros servicios; pero no lo consiguió. Por lo demás, dígalos con otras acciones indecentes el vergonzoso tráfico entre el Gobierno y Eseisa, comandante de un buque, a quien para facilitar su salida con destino al Brasil, le fué preciso alcanzarla por el cohecho de 5,000 pesos. Pero ¿cuánto más había que recelar de manos tan impuras, teniendo a su frente un apóstata, que, siendo Provincial de la Merced, antes

de su ilegítima secularización, declaró los fondos de su convento por patrimonio de su familia?

Tan clásicos delitos despertaron los recelos mal adormecidos del pueblo y le hicieron concebir que esta familia estaba destinada a dar ejemplos de todos los desastres que puede producir en un estado vacilante el espíritu de depravación. Yo no podría ser un frío espectador de estos males. Acercándome a Mackenna, le expuse en ese tono franco que inspira la buena fe, los disgustos del pueblo, y le añadí advirtiese que la paciencia degeneraría tal vez en desesperación. Pero Mackenna estaba muy poseído de su seguridad, y hablarle de reformas era hablar de melodía con un tigre. «Somos muchos, me respondió; tenemos el poder, y estamos unidos a Rozas, que es señor de la Concepción, cuya provincia encierra las más y mejores tropas; no hay cuidado». Cuando esto profería Mackenna, era precisamente el tiempo en -que, aumentado el fuego subterráneo del disgusto, sólo bastaba se desprendiese una chispa para que produjese un incendio.

8.—El 26 de Noviembre del mismo año se reunieron las tropas y gran parte del pueblo para aterrar a aquel coloso. Lo hicieron, en efecto, pidiendo al Congreso nuevo Poder Ejecutivo y la separación de Larraín, Correa y otros de aquella familia aborrecida. Todo se decretó a nivel de las intenciones del pueblo, entrando yo a ocupar la Presidencia del Ejecutivo con los vocales Dr. Marín y O'Higgins.

9.—¿ Para qué son más pruebas de mi carácter revolucionario? oigo que aplaudiendo su triunfo claman a voces mis contrarios. Pero yo les repongo que el origen de nuestras acciones debe estar en nuestras almas y no en la opinión ajena. Aun refiriéndome a ésta, yo doy gracias al Señor de que mis enemigos para dañarme se

vean obligados a contradecirse a sí mismos. A juicio de estos hombres venales, la revolución del 4 de Septiembre me granjeó el título de hombre recto y fuí mirado como un intrépido defensor de la Patria. Por el contrario, la del 16 de Noviembre, dos meses doce días después, me despoja de estos epítetos y me subroga los de inquieto y perturbador. Si entramos en el fondo de estas revoluciones, no hemos de encontrar más diferencia sino que aquélla levantó a los Larraínes al colmo del poder, y ésta los bajó de unos puestos de que los excluían sus delitos. Concluyamos, pues, que en sus principios tiene lugar la bárbara máxima de Maquiavelo, que la virtud se ha de avaluar no por lo que es en sí misma sino por el provecho que ella deja.

10.—Pero ¿qué inmoralidad no cabe en un sistema donde los asesinatos pierden su deformidad? Estas palabras, compatriotas, deben renovar en vuestra memoria la execrable conspiración contra mi vida y la de mis dos hermanos, tramada por unos hombres en cuya comparación son moderados los Catilinas y los Crasos. Vosotros lo sabéis, y puede saberlo todo aquel que se acerque a los archivos depositarios de la fe pública que, despreciando los Larraínes todos los caminos honrados de perdernos, entraron por el oscuro de las alevosías, como más propio de cobardes. Mackenna era el héroe de esta empresa. El fué el que diseminando a sombras de tejado la calumnia vergonzosa de haber concertado yo con Fleming entregarle el Estado y evadirme en su buque llevando tres millones de pesos, procuraba concitar el odio contra nosotros y hacernos víctimas de su furor. El fué el que dispuso que congregados un día los jefes de los cuerpos en la Sala del Poder Ejecutivo, donde tendría ocultos veinte y cinco asesinos, atentarían éstos contra nuestras vidas, estando advertidos los

conspirados de ocultar nuestros cadáveres hasta que fuese sobornada la tropa con seis talegas del tesoro público. En fin, él mismo que, frustrado este golpe, levantó con sus cómplices del mismo Congreso, nuevas baterías y consintió tener el 17 de Noviembre el bárbaro placer de ver en una horca a mi venerable anciano padre acompañado de sus cuatro hijos, entre ellos una mujer. ¡Oh los más detestables de los hombres! ¿A quien sois semejantes sino a esa fiera que decía: el cadáver de un enemigo siempre huele bien, principalmente si es ciudadano? Y los monstruos se atrevían a pronunciar los nombres de virtud, de Patria, hablar de abusos, de reformas, de fidelidad, porque en todo tiempos los malvados han engañado a los hombres con la esperanza de ser felices.

11.—El cielo protegió por entonces unas vidas destinadas a labrarse su mérito por sus servicios a la Patria y por las persecuciones de sus émulos. La conjuración fué descubierta el 27 de Noviembre en el mismo acto de ejecutarla, presos sus autores y corrida la cortina al plan más alevoso y criminal. Exigía la justicia que Mackenna con sus cómplices pagasen sus delitos en la misma horca que preparaban para nosotros. Pero hallaron su asilo en la humanidad de sus jueces y aún más en mi clemencia. El árbol de nuestra libertad no queríamos que fuese como ese árbol emponzoñado semejante al del Paraíso que levantó la Francia y regó con la sangre de muchos ciudadanos. Mackenna fué condenado a un destierro en San Juan, el mismo que mitigué confinándolo a una de sus haciendas. Así fué como me fueron provechosos los mismos tiros de mis enemigos, pues sin ellos hubiere sido menos laudable mi proceder.

12.—Ya no era conciliable la felicidad del Estado con la permanencia de un Congreso que, a más de su

ineptitud, acababa de prostituir su dignidad armando ciudadanos de picas alevosas contra otros ciudadanos. La capital levantó el grito y pidió la disolución de este cuerpo monstruoso e incapaz de tomar ninguna medida legislativa.

13.—Nada se había desatendido tanto en los gobiernos anteriores como el cuidado de crear esa fuerza pública sin la que la soberanía nacional es nula y su gloria imaginaria. Verdad es que existía un batallón de Granaderos, pero estas fuerzas más eran nominales que efectivas. Asegurando que yo les di el aumento, la organización y la disciplina convenientes, podrá acaso parecer que ofendo a la modestia, pero jamás a la verdad.

14.—La provincia de Concepción había, recibido muy mal las innovaciones de la capital. Gobernaba esta provincia don Juan Rozas con todo el aire de un Régulo y amenazaba a Santiago con sus tropas, creyendo estar a sus alcances restablecer las-cosas a su antiguo estado. A fin de atemorizarnos, no se omitió tampoco el medio de esparcir una circular incendiaria firmada por don Francisco Calderón, comandante de veteranos, en que se oía resonar el mismo eco de Rozas. Este fiero enemigo mío arrimó sus tropas al Maule y yo hice lo mismo con las mías. La vista de mi ejército, desconocido para él, y mis insinuaciones pacíficas, le hicieron bajar de tono y conocer que sus movimientos habían sido más inquietos que razonables. Un ajuste amigable formalizado entre ambos en Junio de 1812, terminó estas diferencias.

15.—A sombras de la tranquilidad me aprovechaba de todos los momentos para consolidar la fuerza pública; pero las pequeñeces de las pasiones, la licencia que cada cual se tomaba para hacerse árbitro de los ne-

gocios y tener por mejor sus propias invenciones, en fin, la necesidad de no acceder a la entrega de 600,000 a 800, 000 pesos para un cuartel de Granaderos me obligaron a renunciar el empleo de vocal de la Junta.

16.—El Estado caminaba entre dos escollos: la anarquía y la tiranía, porque faltó de una Constitución, no había medios para poner barreras a la arbitrariedad. El contacto de estos males hizo que fuese provocado por don Francisco Pérez, el P. Camilo Henríquez, el Dr. Zudáñez y otros varios, a fin de que inclinase el ánimo del Gobierno a la adopción de un reglamento provisorio. Puesto éste a la subscripción del pueblo, el número de los sufragios se decidió por su aprobación y quedó establecido juntamente con el Senado que prescribía uno, de sus artículos. Yo había renunciado, el mando y la esperanza de volver a él, pero esta renuncia no podía comprender sin infidelidad, el caso en que la Patria exigiera de mí este sacrificio, Todo ciudadano es su esclavo voluntario y pertenece más al Estado que a sí mismo. Su voluntad es su suprema ley. Yo veía bien interpretada esta voluntad, en el concurso simultáneo de los hombres sensatos, y en el pleno convencimiento de que puestas en otras manos las riendas del Gobierno, no liarían más que fluctuar al arbitrio de los sucesos. Véase aquí lo que me movió a tomar la presidencia de la Junta a que me obligaba que ocupara el clamor del pueblo.

17.—Con mi constante aplicación a los negocios, procuraba hacer ver que no desmerecía el puesto pero precisamente era esto mismo lo que por un espíritu de escuela irritaba a esos hombres, que fundaban sus culpables esperanzas sobre los abusos y les hacía concebir que la virtud en un enemigo no podía dejar de ser un crimen. Una nueva conjuración se fraguó en

Enero de 1813 por cuyo plan debíamos ser asesinados los tres hermanos. Estos hombres perversos cerraban los ojos sobre las verdades más patentes y tapaban sus oídos para no escuchar los clamores de la humanidad. Por fortuna, el subteniente don Toribio Torres don Ramón Guzmán, aunque brindados con los premios de una fortuna asegurada y con todos los artificios de la más astuta seducción, horrorizados de este atentado, nos descubrieron todo el plan de estos cabalistas sanguinarios. Argomedo y Álamo, agentes principales en la conjuración, con algunos otros que constan del proceso, fueron presos, procesados convictos y confesos. La horca era un patíbulo siempre inferior a su delito; pero nuestra humanidad abogaba por ellos. Salvas sus vidas y propiedades, sólo se procuró purgar la tierra de miembros tan corrompidos y contagiosos.

18.—Aunque tranquilizada la República por esta parte, no dejaban de temerse en Concepción algunos restos de un fuego mal apagado poco antes. Rozas y todos los de su facción habían sido presos por las tropas, quienes, formando una Junta de guerra, permanente, con facultades de gobierno intendente, dislocaron, en cierto modo, la unidad moral del Supremo Gobierno. Para atajar el progreso de este mal, mandé un comisionado, quien lo destruyó y nombró un magistrado subalterno.

19.—Cuando todo conspiraba a la seguridad, después de haber procurado que la impunidad de los culpados no multiplicase los crímenes, un nuevo orden de peligrosos abre a nuestros pasos. Esta fué la época en que se supo por la primera vez el desembarco del general Pareja con sus tropas en San Vicente, 20 leguas de Concepción, el 24 de Marzo de 1813. A la cercanía del enemigo, el patrotismo chileno recibió un nuevo

grado de actividad. Habiendo yo sido nombrado general de las tropas que debían hacer la defensa, me puse en campaña para Talca el 1.º de Abril, subiendo toda mi fuerza efectiva (en blanco en el original), a la verdad, inferior en número a la del enemigo, que constaba de 2,500, pero superior en valor. Nuestras tropas hicieron ver la fuerza verdadera de unos pueblos que se hallan en insurrección, sólo consiste en esa unidad de sentimientos, y en esa efervescencia que, acrecentándose cada día, produce cada día nuevos progresos. El 5 del mismo Abril ya habíamos tomado la primera partida enemiga y antes que Pareja llegase al Maule, le habíamos barrido la campaña, trayéndonos 3,000 milicianos de caballería, de que podía aprovecharse.

20.—Pero todo esto no fué sino un prelude de acciones más venturosas. La de Yervas Buenas cubrió de gloria a nuestros militares y les dió nuevos títulos al reconocimiento de la Patria. El alma trémula del general Pareja se hallaba inquieta por no saber la posición de nuestro ejército. A fin de descubrirla discurrió el medio fraudulento de mandarme un parlamentario y destacar al mismo tiempo una división de 300 hombres en observación de nuestro campo de batalla. La profanación de los derechos de la guerra era lo sublime del arte militar que observaban estos bárbaros. Por él consiguieron el infame triunfo de matarnos dos hombres en la tregua del parlamento. Por reprimir esta villanía y por ganar alguna ventaja sobre el enemigo destaqué contra su división 300 veteranos entre infantería y caballería, con otros tantos milicianos de este clase. El comandante de nuestra tropa debía verificar su ataque a dos leguas de nuestro campo; pero como receloso el enemigo se hubiese replegado a su cuartel general, siguió sus huellas, sin advertir que fuerte el ene-

migo de 7,000 hombres, la lucha era muy desigual. Acción laudable si fuese licito confundir el valor con la temeridad. Pero hay ocasiones en que se complace la fortuna en ponerse de parte de los osados. Sorprenden nuestros bravos el cuartel general enemigo, e introducen en él el estrago, la confusión y el espanto a que las sombras de la noche aumentan grados de terror. Pasan do la pálida muerte de tienda en tienda, quedó sembrado el campo de cadáveres, entre quienes se contaron el Intendente del ejército y tres oficiales. Los cuerpos enteros rendían las armas y el imbécil Pareja, dejados sus vestidos, corría aturdido en la decencia más relajada. En fin, quitados 4 cañones, el comandante de la 2.<sup>a</sup> división y 35 soldados marchaban prisioneros escoltados de nuestros granaderos. Así iba a terminar esta acción gloriosa, cuando nuestros inconsiderados militares, más satisfechos de lo que debían, se entregaron al saco, permitiendo que la luz del día descubriese su debilidad. Ella recuperó en los enemigos su espíritu fugitivo, quienes lograron dispersar la división y recuperar los cañones, menos los prisioneros. Tan desalentados quedaron estos cobardes, que siendo superiores a nosotros en 1,500 bayonetas, no se atrevieron a pasar el Maule; antes bien, dada la orden por el General de ejecutaría, descansó todo el ejército sobre las armas y le negó la obediencia. Pareja, avergonzado, emprendió su vergonzosa fuga, llevando ante sus pasos la guía del terror; pero nuestro ejército restaurador, tan pequeño coma valiente, que no contaba su importancia por el número de sus soldados, sino por el de sus virtudes bélicas, fué en alcance del enemigo y lo persiguió hasta San Carlos.

21.—Las empresas militares son tanto más dignas de aplauso cuanto más arduas y difíciles: A la de Yervas Buenas se siguió la de San Carlos. Tuvo ésta al-

gunos reveses que dificultaron la Victoria, pero que contribuyeron a hacerla más gloriosa, como en pintura contribuyen las sombras a dar perfección lo obrado. Fuese que el jefe de los Granaderos y los Infantes, de la Patria que quisieron seguirlo, maquinasen un hecho militar con que aumentar reputación, o que gobernasen más por la ira que por la razón, lo cierto es que, desobedeciendo mis expresas órdenes, se arrojaron a la bayoneta con una intrepidez soldadesca y una vana altanería. Todo fué impericia y temeridad en este choque. Situado ventajosamente el enemigo y sostenido de una respetable artillería, preciso era que batiese a unos arrojados que embestían sin reglas a la distancia de dos tiros de cañón, y no con paso redoblado sino a la carrera. En efecto, fatigados los soldados y aterrados por los fuegos bien servidos del cañón, fueron dispersados, manteniendo por su parte un tiroteo arbitrario. No es dudable que estos mal aconsejados guerreros hubieran sido victimas del furor enemigo a no haberlos protegido la valiente y benemérita vanguardia. Este pequeño cuerpo, que en 45 leguas había perseguido al ejército enemigo y que sé hallaba sin cañones por haberse desmontado a los primeros tiros los dos únicos que llevaba, mostró en este lance todo lo que puede inspirar el genio ayudado de un valor intrépido. A más de haber hecho muchos prisioneros, se mantuvo con serenidad bajo los fuegos de la artillería enemiga, sin que pudiese socorrerle la de la segunda división, que también se desmontó, y sobre la cual sentados los bravos oficiales García y Gamero, mostraron en medio del incendio esa sangre fría que honra a los guerreros. Hasta muy cerca de la noche no llegó la tercera división y la única artillería que pudo ofender al enemigo. Todo conspiraba a que haciendo una pequeña

pausa, se diese descanso a mi ejército fatigado. Así se hizo, acuartelándolo en San Carlos y quedando dos cuerpos de caballería con el de la guardia nacional en observación de los movimientos del enemigo. El abandono con que el jefe de estas partidas miró su obligación, burló nuestras mejores esperanzas, pues retirándose el ejército enemigo a las diez de la noche, no dió parte de este suceso hasta el amanecer del día siguiente. Entonces es cuando nuestras tropas, llenas de un júbilo militar, corren al peligro de acosarlo con más presteza que un voluptuoso busca los placeres, lo persigue hasta el Ñuble, dos leguas de Chillán, le toma 5 piezas de artillería con más de 30 carros de pertrechos y le hace 300 prisioneros.

22.—Aun no bien habíamos encerrado al enemigo en la plaza de Chillán, cuando un clamor general, no con tenido en los términos del ruego sino en los de una resolución acabada, se oyó exigiendo la vuelta al Maule. A la verdad no era infundado este pensamiento. Sin municiones el ejército, sin caballos, sin artillería y sin otros artículos de primera necesidad, presentaba un estado de los más peligrosos y lamentables. Con todo, haciendo el último sacrificio, fué bastante dócil para apartarse en aquellos puntos que se le señalaron. Yo me dirigí a Concepción con la vanguardia; la división del centro quedó al sur de Itata, y la 3.<sup>a</sup> sobre San Carlos. Persuadido yo que las mayores prosperidades manejadas sin cordura acarrear grandes infortunios, luego que me hice dueño de Concepción y Talcahuano, dirigí toda la actividad de mi celo a reorganizar el ejército, aumentar la fuerza en sus distintas posiciones militares, atraer a mi partido los infieles, llamar algunos buques que defendiesen la costa al mismo

tiempo que destruían cualquier auxilio mandado por Abascal.

23.—Pero ¿es por un decreto infalible que al mérito no le han de faltar enemigos? Entre tanto que yo levantaba este nuevo plan de defensa, mis indignos rivales trazaban el suyo para prenderme. La envidia, esa enfermedad vil y cruel que atormenta al género humano, no podía oír que mi crédito y mi autoridad; se viesen protegidos de tan buenos auspicios. Mientras mi ausencia de la capital, el Poder Ejecutivo habla pasado a manos de esos mismos que contra mi fraguaron conspiraciones horrendas. Estos eran los que procuraban por todos los medios atravesar mis designios y los que decían a sus viles amigos: perezca primero la Patria si es preciso, antes que José Miguel Carrera se haga poderoso a la sombra de sus laureles. Mackenna, ese hombre ingrato que tuvo su suplicio en las orillas del Río de la Plata, era el autor de este plan detestable. Su empleo de cuartel maestro, que obtenía por mi benignidad, le proporcionaba el fácil recurso de ejecutarlo. Insinuado a la comunicación del comandante del centro en Bulluquín, le hizo gustar sus seductores designios y logró corromper su fidelidad. Yo había tomado a Concepción con Talcahuano y apresado el importante buque venido con auxilios de Lima; pero esto mismo era lo que, viendo a cada paso sucesos que ellos aborrecían, los precipitó a ejecutar la empresa meditada. El Gobierno clamaba por el sitio de Chillán, pero con la más descarada contra dicción, a pretexto de faltar el dinero, detenía la remesa de los útiles más necesarios, pedía armamento del Ejército y pensaba mandar los 300 veteranos venidos de Buenos Aires. Por otra parte, el corrompido

jefe del centro en oposición directa a mis órdenes, amenazaba pasar el Itata y dirigirse al sitio de Chillán.

24.—Desde este punto ya no me eran desconocidas las maquinaciones de mis contrarios. El sitio de Chillán era una empresa desesperada que sólo el éxito podía justificar; con todo, antes que las disenciones domésticas hiciesen incierto y variable el valor de las tropas, me vi obligado a emprenderlo. La estación no podía ser más rigurosa; pero aun eran más fuertes que los obstáculos de la naturaleza los que oponía el odio activo de mis rivales. El cobarde coronel Vidal rehusó salir con la división que tenía en Talca, a despecho de mis órdenes, dirigidas a que se uniese a la del Ñuble, mandada, por el general Cruz. Su obstinada resistencia me puso en el empeño de ir a buscar desde Concepción; pero tarde, porque en los momentos de acercarse este auxilio, ya se había dejado sorprender Cruz, con pérdida de toda su división. A pesar de esto el valor irritado de nuestras tropas sitiadoras vino en auxilio de nuestros brazos. Todo iba con prosperidad, pero cuando la victoria daba un vuelo para coronarnos, envidiosa la fortuna, la detuvo en su carrera. Ella hizo que un accidente nos dejase sin municiones, pues incendiadas casi todas en el trance de una acción que se concluyó felizmente, nos vimos casi sin ellas.

25.—Un contratiempo tan inopinado no desconcertó nuestras medidas. Sin abandonar las posiciones, la esperanza se refugió a nuestro valor. Este era el crítico estado de las cosas, cuando haciendo el enemigo otra salida, nos vimos empeñados en una acción donde quedamos casi vacíos de pólvora y municiones. La lluvia, el frío y la falta de forraje, nos habían consumido los caballos de la montura y el enemigo con los suyos se burlaba de nuestra infantería. Instruídos de

nuestro mal estado, fuimos intimados a evacuar la provincia, retirándonos al Maule, donde nos mantendríamos en comunicación amistosa, esperando el resultado de una negociación que se abriría con Abascal. Unir el atrevimiento a la precaución es una de las dotes de un general. Yo creí que éste era el lance en que debía ponerla en práctica. Sin dejar escapar un momento favorable, le respondí en ese tono altivo que muchas veces es el último recurso de la desgracia. «No perderemos, le dije, un palmo del terreno que hemos recuperado después de la más escandalosa e injusta agresión. Chile quiere su libertad, su independencia o la muerte».

26.—Con todo, no pude menos que renunciar por ahora una victoria que, en razón de tantas faltas, huía de mis manos por todas partes. En buen orden y a la vista del enemigo, hice desfilar mi ejército, tomando su posición a una legua de la plaza. Persuadidos nuestros enemigos que la fortuna combatía por ellos, vuelven a intimarnos la rendición; pero nuestros valientes contestaron con una risa insultante, y aunque ultrajada de éste modo su línea, no se atrevía a sostener su arrogancia y se encerró en Chillán.

27.—Sin más obstáculos que grandes ríos en el tránsito, hice mi retirada a Concepción, haciendo que el centro se acantonase en Quirihue. Va expuesta la Verdad, queriendo describir, el triste estado de nuestras tropas. A vista de sus dolorosas privaciones, causadas por un Gobierno inhumano, nadie dudará que le eran peligrosas sus virtudes, que no le perdonaba sus servicios y que contaba sus victorias como otros tantos crímenes. Pero, a despecho suyo, tuvimos la gloria de que habiendo empezado a reorganizarlo el 1.º de Septiembre, se le vió en el campo de batalla el 1.º de Oc-

tubre, brillar con doble fuerza y doble artillería. Elorriaga, jefe enemigo, situado en Rere con su división bien respetable, era orden mía que fuese atacado a retaguardia por la división del centro que de Quirihue debía situarse en Bulluquin, al mismo tiempo que lo embistiese O'Higgins por su frente. Pero intrigó Mackenna y desobedeciendo aquel jefe, su coligado, vino a situarse en el Membrillar, al Norte de Itata. El enemigo quiso aprovecharse de esta ocasión para batirlo; pero desistió de su intento porque lo encontró atrincherado en posición fuerte y porque fué protegido por un trozo de 300 hombres a las órdenes del coronel Benavente. O'Higgins emprendió sobre Elorriaga, pero su fuga precipitada lo puso en salvo. No hubiese logrado esta evasión si situado el centro en Bulluquín, hubieran obrado estos dos cuerpos por los movimientos combinados que entraban en el plan. El centro paso el Itata bajo la protección de O'Higgins y Benavente, quienes, reunidos, acamparon a las márgenes de las lagunas de Avendaño. El enemigo quiso aquí tentar a la fortuna, pero atacando nuestro campo, salió descalabrado. Vencedoras las armas de la Patria, quedara» tranquilas nuestras divisiones a las márgenes del Itata, mientras que, aunque herido y estropeado, me dirigí a Concepción en busca del resto de las tropas que debían emprender de nuevo el sitio de Chillán.

28.—Ya había llegado el tiempo en que la rabia de mis enemigos rebosaba su medida. Ellos eran unos hombres que pretendían cubrir su debilidad por su audacia, y la bajeza de sus pensamientos por su orgullo. ¿Qué extraño es que, habiendo solicitado las primeras plazas a fin de unir la autoridad al odio, rompiesen para conmigo todas las medidas de moderación? A fin de que mi nombre no fuese acompañado

de la gloria que merecía mi última victoria, usaron la baja superchería de suprimirlo en el acto de dar a público mi propio parte.

29.—Pero entremos en el detalle de acciones m torpes y groseras. En estas circunstancias llegó el Gobierno a Talca. Exigía la urbanidad que hallándome con el gobierno de las armas y siendo un vocal propietario del mismo Gobierno, no se procediese a oficiar al general enemigo sin mi previo consentimiento. Pero el orden de proceder un audaz descomedido es proceder sin orden (sic). El Gobierno ofició al general Sánchez y lo hizo con tan estúpido procedimiento que degradó la dignidad del puesto. Nada menos pretendía que se rindiese, y a fin de intimidarlo, le hizo presente, con vana ostentación, las fuerzas efectivas con que contaba y los poderosos recursos de 6,000 salchichones traídos de Santiago. Sánchez leyó este elegante oficio con la risa que merecía, pero advirtiendo que eran llegados los momentos de que el Gobierno se deshiciese de mi persona y el de un enemigo que temía siempre que llegase a introducir la discordia, dedicó algunas líneas a denigrarme con las tintas más odiosas. Nada menos afirmaba que iba a entregar el Reino a la Francia.

30.—El entendimiento subscribe cuanto la voluntad le propone. No fué preciso que el general Sánchez esforzase el convencimiento sobre un punto en que el digno Gobierno hallaba un colorido dé justicia con qué ocultar sus criminales intentos. Por un oficio suyo fui estimulado a que renunciase el mando del Ejército. Mi respuesta fué tan firme como sumisa a la pública autoridad. Al paso que me negué a una renuncia con que el Gobierno pretendía encubrir sus injusticias, manifesté mi pronta disposición a dejarlo siempre que

precediese un mandato formal El Gobierno ya había tirado el dado con ánimo de que en cualquiera suerte la mía iría unida a los azares; Inmediatamente fuí depuesto y reemplazado por O'Higgins. Omitamos los desaciertos del cura Cienfuegos, uno de los vocales que, con la plenitud del poder, vino Concepción.

31.—Recibido O'Higgins del mando, me retiraba a Santiago en compañía de mi hermano Luis, contento con el queme dejaba mi reputación, cuando por una fortuna adversa que seguía de cerca mis Pasos, caímos prisioneros de una partida enemiga avisada del traidor (en blanco en el original) secretario de O'Higgins. Una alegría bárbara inundó entonces a mis enemigos. Este golpe me hirió en lo más vivo, pero no me arrancó una sola queja que debilitase mi firmeza. Un calabozo obscuro e indecente de Chillán, donde con dos barras de grillos permanecimos algunos meses, vino a ser el paradero de los vencedores de (en blanco en el original). No fué una vez sola que viéndome el general Gaínza en este estado de humillación, me provocó al arrepentimiento; pero yo quise más bien parecer culpado por tan buena causa, que pedir perdón.

32.—Hasta aquí yo he tomado las pruebas principales de esta defensa de mis propios hechos, voy a tomar las de los de mis rivales. El triunfo no me será muy glorioso, porque ellos son tales que a su lado debe parecer gigantesco el mérito más mediano.

33.—Una época tenebrosa sucede a la pasada, donde un Gobierno fatuo toma por reglas las máximas del caduco despotismo; donde- jefes cobardes sacan de la infamia a los que hasta entonces habían manchado los fastos de la guerra; donde las pérdidas se eslabonan sin interrupción; en fin, donde la Patria vuelve al yugo que sacudió con gloria. Cuando el general

Gáinza llegó a la provincia de Arauco fue precisamente que O'Higgins tomó el mando de las divisiones de Concepción. Su ventajoso estado prometía a la Patria grandes bienes, pero la pérdida de esta importante plaza y la de Talcahuano le advirtieron que debía prepararse a grandes males. Con ellas no sólo perdió el Estado dos puntos capitales sino también regiones de valor y necesidad, para la guerra. En Rere fué batida una división veterana de 300 dragones a las órdenes del coronel Urizar por 130 fusileros de milicias capitaneados de un paisano. Talca cayó bajo Elorriaga con 800,000 pesos en solo artículos de guerra, porque ignorante Mackenna del arte de situarse con ventaja, tan necesario en un General, dejó descubierto aquel punto. Aún fué mayor la impericia y cobardía del teniente coronel Blanco, que viniendo a recuperar esta plaza con 600 fusileros, otros tantos de caballería miliciana y 6 piezas de artillería, fué destrozado por 80 hombres a las órdenes de Olate. Conducía éste cuerpo pertrechos y vestuarios que, sufriendo la misma suerte, se reguló la pérdida en un millón y más de pesos. El aturdido O'Higgins, todo asustado a la vista de estos desastres, tiembla y se retira a Quechereguas, 16 leguas al norte de Talca. Gracias a la torpeza de Gáinza, quien, pudiendo tomar a Santiago sin el menor obstáculo, dejó libre esta capital.

Véase aquí el cuadro brillante de las empresas de mis émulos. Él hará ver al mundo qué les fué más fácil perseguirme que imitarme; y que destruyendo mi fortuna, destruyeron la del Estado. Mi apología; por esta parte, es su ignominia; mi: apología es que me observen y se comparen; mi apología es que graviten sobre sus almas mis servicios y sobre el Estado sus desastres.

34.—Evacuada su comisión, la Junta Gubernativa se retiró de Talca a la capital, en Febrero de 1814. Los Larrínes habían recogido de esta miserable corporación el fruto más sazonado de destruirmos; pero, como todo ambicioso teme igualmente la virtud y el vicio en las personas que les sirven de estorbo para llegar a la autoridad, resolvieron estos intrigantes Sacrificarla también a sus intereses personales. Con este premeditado objeto, el Cabildo todo, compuesto de la facción de los Larraínes, se juntó el 7 de Marzo a pretexto de mirar, por la seguridad del pueblo amenazado con la rendición de Talca al poder de los tiranos. Siempre ha sido el pueblo el juguete de los poderosos. Su nombre se toma y se profana, porque aplicado las más veces a un partido, se da importancia a sus mayores crímenes. La familia de los Larraínes hizo entender a voz del pueblo, que era su voluntad reconcentrar el poder en el coronel don Francisco de la Lastra, gobernador entonces de Valparaíso, y que obtuviese el, interinato don Antonio José de Irisarri. La Junta Gubernativa quiso oponerse a esta convulsión política; pero fué silbada con mofa y tuvo la humillación de ceder. Era preciso que así fuese. Los Larraínes habían tenido la precaución de poner la Comandancia de las Armas en el cordobés don Santiago Carrera, coronel de las tropas auxiliares de Buenos Aires. Era éste un hombre que, formado de todos los vicios, sin asomo de virtud alguna, bien podía considerársele como una cloaca inmoral, capaz de inficionar a todo el orbe. Entre todas sus propiedades sobresalía la de parecerse a la balanza en la parte que ella se inclina al lado que más recibe. Este malvado, sin remordimientos, que también podríamos llamarlo Larraín, si sus lubricidades con la sobrina de fray Joaquín pu-

diesen darle derecho al nombre gentilicio, fué el que protegió esta revolución.

35.-El derecho de mandar en jefe es un depósito peligroso en manos débiles. Vióse comprobada esta verdad en las funestas capitulaciones con que terminó esta guerra fatal. El general Gaínza se hallaba muy superior a O'Higgins, y era preciso que éste recibiese de sus manos la ley; recibíola, en efecto, dictando los artículos de un tratado en que de consentimiento del Gobierno se vieron destruídos los títulos de la soberanía nacional, embarazados los caminos para la formación de un nuevo pacto social, y reducido el Estado chileno a su pasada esclavitud. El 17 de Mayo de 1814, se ratificaron y firmaron estas capitulaciones monstruosas. Este último suceso con los anteriores le ganaron a (O'Higgins el grado de brigadier; pero como en los Gobiernos más corrompidos la escala de los ascensos militares son las acciones venturosas, es preciso concluir que subió O'Higgins a este puesto por donde debió bajar del que tenía. Con todo, tan embriagado se hallaba con los honores de este nuevo grado, que sólo trataba de recibir en Talca los respetos de su oficialidad.